

12 años como mercancía.
Productividad, propiedad,
Dios y otras vergüenzas del Sur

(a propósito de *12 años de esclavitud*, Steve McQueen, 2013.)

Antonio J. Cubero

En su tercer largometraje el director Steve McQueen adapta el libro homónimo de Solomon Northup, un ciudadano negro libre y culto-violinista-, casado y con hijos, de Nueva York secuestrado en Washington, el Norte de unos Estados Unidos divididos en dos mitades, para ser vendido como esclavo en Georgia, el profundo Sur, donde vivirá bajo esa condición desde 1841 a 1853, año de la publicación de estas memorias escritas en primera persona por alguien que sufrió la esclavitud desde dentro, lo que supone una importante novedad en el tratamiento del tema. Después de asistir a la proyección de la película este crítico se pregunta *¿es 12 años de esclavitud* la entrada en la industria norteamericana de Steve McQueen rompiendo con su trayectoria anterior o la continuación natural de su carrera? la nueva película de la corta pero exigente y prestigiosa carrera de su director supone un *salto hacia otro lugar* en muchos aspectos pero no deja ser coherente con su trayectoria hasta la fecha. ¿Un drama histórico tras la “temible” etiqueta *basada en hechos reales*? Sí, pero también una película de terror, de actualidad, de religión y de economía.

En un primer vistazo puede aparentar ser una superproducción hollywoodiense de calidad, bien intencionada, autocrítica hasta un límite por su mala conciencia respecto a un episodio vergonzoso y oscuro de su pasado histórico nacional, “envasada y lista” para triunfar en los Oscar. Crítica con su pasado esclavista y, para más inri, dirigido por un director negro como garante de la propuesta. El resultado se confirmó la madrugada de entrega de los premios: ganadora de 3 Oscars de la Academia de Cine estadounidense incluido el de mejor película-primera vez que lo consigue una dirigida por un director negro-, de los 9 a los que optaba, además de una notable carrera comercial, recaudando solo en EEUU más

de 6 veces lo invertido. Pero *12 años de esclavitud* da para hablar mucho más allá de estos fríos datos y merece que nos paremos a discutirla.

Lo primero que habría que hacer es poner la lupa en un detalle: Steve McQueen es un director negro e inglés. Esta información no es anecdótica para entender el punto de vista de su propuesta. Es la primera vez que un director negro aborda el tema del pasado esclavista estadounidense. Tema poco tratado en cine a pesar de su importancia, aunque haya habido intentos desde muy temprano-el clásico *Aleluya* de King Vidor de 1929.-Hasta ahora los anteriores intentos vinieron de la mano de directores blancos y americanos. Las más populares las realizadas por Steven Spielberg con *Amistad* (1997) y *El color púrpura* (1985), incluso en *Lincoln* (2012). Películas hechas dentro de la industria hollywoodiense, que pecan de corrección, no exentas de calidad-sobre todo esta última- y que ponen el foco en otras cuestiones que distan de la propuesta de McQueen.

Todos los países tienen algún tema tabú relacionado con su historia nacional que se resisten a mostrar en su cine. El bando nacional de la guerra civil-como durante el franquismo lo fue el bando republicano- o el terrorismo/ violencia de Estado en España, y el colaboracionismo con el nazismo en Francia son ejemplos de ello. La esclavitud es el de EEUU.

Su nacionalidad inglesa, aparte de distinguirlo de la hornada de directores negros norteamericanos simplistamente asociada a la *era Obama*-Lee Daniels, Antoine Fuqua-, heredera de la anterior-el olvidado John Singleton y el todavía en activo aunque arrinconado por la industria Spike Lee-la mente juguetona de este crítico fantasea con la idea de qué hubiera hecho el director neoyorkino con este material-, le otorga distancia, cultural y, seguramente también, emocional. Convierte a la película en un producto no culturalmente del todo estadounidense aunque aborde un tema clave de su cultura-¿es posible esta dicotomía?-. ¿la película sería otra de no ser McQueen negro e inglés? Un inglés incordiando, metiendo el dedo en la llaga, hablando sobre cosas americanas, aunque más justo sería decir, universales.

Uno puede plantearse qué tienen en común una película sobre una huelga de hambre de presos del IRA, otra sobre un yuppie adicto al sexo y esta sobre la esclavitud en el siglo XIX en los EEUU. Mi respuesta es: muchas. Primero el concepto que late de fondo y que cohesiona este proyecto hasta poder considerarla

una trilogía: formas de esclavitud, de prisión del ser humano. En su debut, *Hunger* (hambre, 2008), McQueen abordaba la historia real de la huelga de hambre de un grupo de presos del IRA encabezados por Bobby Sands en la Irlanda de 1981. Es decir, hombres presos, atados física pero no mentalmente, que deciden hacer un gesto de libertad personal e ideológica más allá de sus ataduras físicas, convirtiendo una huelga de hambre en un gesto político con repercusión más allá de las paredes de su prisión. A su impactante debut le siguió la no menos perturbadora *Shame* (vergüenza, 2001), un ejecutivo neoyorkino que aparentemente lo tiene todo- guapo, adinerado y exitoso- incapaz de romper el círculo vicioso que le esclaviza a su cadena: la de su propio cuerpo, la del sexo no como placer sino como descenso a los infiernos, alejándole de los sentimientos más humanos (amor, compasión, dolor...). Un hombre aparentemente libre pero esclavo por dentro. La atadura de *12 años de esclavitud* es la más evidente, la de un hombre “libre con papeles” al que le arrebatan ilegalmente su libertad. A la espera nos quedamos de ver hacia dónde va la carrera de su director y si esta *trilogía de la esclavitud* se queda en eso, una trilogía, o avanza en la misma dirección. La similitudes entre sus películas no se quedan en el *leit motiv* sino que abarcan otros aspectos estéticos y tecnológicos. Para comentarlas viajemos hacia un poco más atrás en el tiempo.

La carrera cinematográfica de McQueen comienza con *Hunger* pero no la artística. Llega al cine después de una prestigiosa carrera en el mundo de la videoocreación, poco popular más allá de los ambientes del arte de vanguardia (premio Turner, presencia en la Bienal de Arte de Venecia). Fotógrafo y escultor además y antes de cineasta, llega al cine con un gran bagaje de experimentación con el tratamiento de la imagen. Algunas de estas obras son sin sonido, como adelantando al futuro director eminentemente visual que será. Su formación plástica va a influir en la concepción de su cine. Porque no nos confundamos, el objetivo de *12 años de esclavitud* no es hacer *la gran obra sobre la esclavitud nunca antes hecha* o una *crónica de la esclavitud* ni tampoco una fábula moralizante, sino hacernos vivir una experiencia sensorial, dejar en nosotros una impronta.

La película aporta poco novedoso a nivel narrativo, salvo el apunte comentado al comienzo de esta crítica de la vivencia en primera persona del autor y protagonista

de la historia. No tiene una *voz en off* que nos vaya guiando por la historia, no es muy verbal, hay momentos que pasa por alto en los que cualquier narrador se hubiera parado (no vemos quién le secuestra ni por qué, simplemente LE SECUESTRAN). Haciendo una broma con el momento político que vivimos, su cine, como la política de Putin, es de *hechos consumados*: actúo y luego me pedís explicaciones. Un hombre libre es secuestrado, no me recreo en el momento, me interesan las consecuencias de esto. McQueen muestra aquí una de sus virtudes: no se regodea en explicaciones innecesarias. Vemos al protagonista bien vestido, en una agradable cena con hombres blancos, y ya sabemos cómo son las relaciones blancos-negros en el Norte y que es tratado como un igual.

Su pasado en la experimentación visual quizá tenga la culpa de su atrevimiento para mostrarnos algunos planos muy incómodos y atrevidos para el cine comercial: el largo plano fijo de Solomon ahorcado de puntillas sin que nadie alrededor haga nada. La paliza a la que somete el patrón a la esclava Patsey y que vemos desde la altura de los ojos de ella, como no queriendo que apartemos los ojos de los suyos. Planos largos en los que nos pone de frente a la tragedia, muy explícitos, que nos generaran tensión e incomodidad como espectadores. Como el sexo en *Shame*, la violencia, la tortura las exhibe explícitamente. Nunca se había visto, si mi memoria no me falla, ese nivel de explicitud en una película de distribución comercial masiva como esta. Otro de los puntos novedosos de la película.

Para abordar este proyecto McQueen se rodea de gran parte de su equipo habitual: el montador Joe Walker, el gran director de fotografía Sean Bobbitt, y parte del reparto. Merece la pena que nos detengamos en él. Formado, como el conjunto de la producción, por una combinación de grandes actores británicos y, menos, norteamericanos aunque sin ninguna estrella que lo encabece. Como el esclavo Solomon el prestigioso pero desconocido para el gran público actor inglés Chiwetel Ejiofor (*Children of men*, *Love actually*) en su primer papel protagonista. Curioso que un actor de sólida formación teatral y especialista en Shakespeare salte a la fama con una interpretación tan física como esta. Sobre su rostro, su cuerpo, sus ojos recae gran parte del peso del drama. Imprescindible me parece para la credibilidad de la película la no elección de una estrella para este papel,

consiguiendo que el actor no solape al personaje, error en el que a veces se cae. Muestra del compromiso del director con lo que la historia pide, aunque sea arriesgado de cara a la taquilla.

Junto a él los también británicos Benedict Cumberbatch, el emergente último Sherlock Holmes televisivo y uno de los actores del momento, como uno de los propietarios de Solomon, y sobre todo el actor fetiche de McQueen, el gran Michael Fassbender, uno de los mejores actores del panorama internacional-es increíble como da en primer plano este actor-. Esta vez no como protagonista, la historia no lo requería, pero para el que le reserva el papel más jugoso de entre los secundarios: el del propietario de la plantación donde pasa la mayor parte de sus 12 años como esclavo Solomon. El suyo es un buen ejemplo del acierto en el diseño de los personajes. Tocando el estereotipo (el propietario blanco cruel y violento, el supervisor blanco de la plantación, la esposa blanca dócil que no quiere saber nada de lo que pasa etc) lo evita perfilándolos con más madurez y profundidad de lo habitual: los personajes son contradictorios, ambiguos, evitando el manierismo habitual de hombres blancos malos frente a hombres negros buenos y valientes. Nos encontramos con un propietario blanco que trata de ser justo aunque no discute el sistema esclavista, amigos blancos que le tratan como a un igual, y por otro lado no es complaciente con el comportamiento de algunos negros. Solo una persona, y mujer, se salta "el protocolo" y va a auxiliarlo cuando le ahorcan; Negros derrotados por la sumisión; cooperación con el enemigo; el propio Solomon toma decisiones discutibles...e incluso personajes conciliadores (la mujer casada felizmente con un blanco o el trabajador blanco no propietario comprensivo que trae la solución final). Su mirada hacia ellos es crítica con quién tiene que serlo pero no demagógica. Una mirada humanista que le lleva a ser comprensivo con personajes que viven situaciones extremas donde los seres humanos no nos portamos de forma impecable y tenemos que tomar decisiones límite. Aquí surge la tragedia condesada en la pregunta que aturde sin parar a Salomon: ¿No renunciar a lo que soy y ser un hombre negro muerto o bajar la cabeza y seguir con vida? ¿pelear ya por mi libertad o esperar al momento en el que sea oportuna?

“ninguna vergüenza”

De la parte norteamericana, además de buenos profesionales en vestuario, diseño de producción, destacan la presencia de magníficos secundarios como Paul Giamatti, en un pequeño papel para lo fenomenal actor que es aunque lo defiende con su eficacia habitual, la veterana actriz afroamericana Alfre Woodard y el nombre de más tirón comercial del reparto, la estrella Brad Pitt. Su figura resalta pero esta vez no exactamente por su valía interpretativa sino por otros motivos: se reserva el papel del personaje que traerá la libertad a Solomon. En una escena que desentona por su excesivo didactismo dentro de una película más física que verbal y desde luego nada moralizante. Parece una concesión del productor por si no había quedado claro para el espectador el mensaje de la película. Productor que es...Brad Pitt, además de, entre otros, el propio McQueen. En palabras del director, sin su involucración el proyecto no hubiera salido adelante. Pitt, como otros actores estrella pero con inquietudes artísticas como George Clooney o Leonardo di Caprio, se convierten en figuras imprescindibles en el actual panorama industrial cinematográfico como canalizadores, a través de sus productoras, de proyectos más alternativos, maduros o difíciles de los tratados habitualmente por Hollywood.

El reparto lo completa una de las revelaciones de la película, la debutante Lupita Nyong'o. Mejicana-keniata educada en Yale y ganadora del Oscar a la mejor actriz de reparto por su dramático papel de Patsey, la esclava favorita del propietario interpretado por Fassbender. Convertida, incluso antes de recibir su galardón, en chica *it* de la temporada, en boca de todos por su belleza, estilo, simpatía y talento. De presupuesto modesto para la media de las producciones de Hollywood, coproducción británica estadounidense, encontramos profesionales de ambas nacionalidades también en el equipo técnico y artístico. A destacar su diseño de producción, muy meritorio para lo ajustado del presupuesto, y dirección artística. Mención especial para un cómplice habitual de McQueen, su director de fotografía Sean Bobbitt. Fundamental su labor jugando con el contraste entre el color, los campos abiertos, la luz y el sol de las grandes plantaciones frente a la oscuridad, la estrechez de los cuartos donde son reclusos los esclavos antes de ser vendidos. El sonido adquiere un protagonismo especial en esta como en las demás películas de

su director. El sonido de las cadenas, de los grilletes, de los látigos, de las puertas que encierran suenan con una presencia inusual, como ya lo hacía en *Hunger*. También los del entorno, el sonido de los animales, el viento en las hojas, que convierten un escenario paradisíaco en un infierno, en auténticos campos de concentración a cielo abierto de miles de seres humanos. El cielo de un Dios al que todos rezan, al que todos creen tener de su parte. Los negros como oración de súplica, los blancos como portadores de su palabra, la que comparten, casi lo único, con sus esclavos. La película religiosa que también es *12 años de esclavitud* comienza en el propio nombre bíblico de su protagonista, Solomon, hijo del rey David. Nombre que es lo primero que le arrebatan cuando le convierten en esclavo. Para que algo exista lo primero es nombrarlo. Si a Solomon no se le nombra, Solomon dejará de existir hasta que recupere su libertad y con ella quién es. Después de despersonalizarlo, convirtiéndolo en Platt, vendrá el segundo paso: hacerle sentir culpable.

“Mi Dios” dice Solomon/ Platt. ¿Es una oración o una queja? ¿Dónde está Dios que permite esto? Le añado.

Dios, ¿por qué me trae solo desgracias?

En el sonido y la fotografía se basa gran parte de lo que para mí aspira a conseguir *12 años de esclavitud*: una experiencia sensorial, física, lo más cercano posible a lo que debe suponer vivir los hechos que reproduce, más que una historia narrativa al uso. Intuimos lo que va a pasar, no es especialmente novedoso lo que cuenta, salvo el hecho de la denuncia del secuestro de hombre libres, un capítulo dentro del género esclavitud poco o nada tratado hasta ahora. Hay pasajes que no nos cuentan, para centrarse y recrearse en la vivencia, en los rostros, el sudor, la sangre, el miedo, la incertidumbre, una película de terror.

Pero no nos confundamos, la violencia explícita de *12 años de esclavitud* no tiene nada que ver con la de otras propuestas recientes como *La pasión* de Mel Gibson, en la que se recrea con todo tipo de artilugios cinematográficos convirtiéndola en un espectáculo sangriento, o las de Quentin Tarantino, con su banalización. De hecho muchos ven esta película la respuesta sería al *Django desencadenado* (2012) tarantiniano. No me lo parece, son propuestas distintas, centrándose ésta mucho

más en la trama de la venganza y en su narrativa, aunque sería un debate interesante qué propuesta es más eficaz a la hora de concienciar sobre ese triste episodio de la historia, si la seriedad de la película con pretensión y conciencia de denuncia social, o el del *spagueti western* irónicamente inteligente para unos, estúpido para otros. Algo parece que sí hay de toque de atención a la asumida ligereza con la que Tarantino trata la violencia, algo así como “eh, cuidado con frivolar con este tema. Pongámonos serios”.

Como peculiares definiría yo la música y el montaje de la película. Banda sonora responsabilidad del afamado autor alemán afincado en Hollywood Hans Zimmer, recupera cantos tradicionales originales de los esclavos del sur de EEUU de esa época y los combina con temas melódicos, innecesarios como el que acompaña a alguna escena de azotamiento y que restan más que suman fuerza a la impresión; ¡qué costumbre la de mucho cine reciente de poner música en momentos donde el silencio es mucho más potente!-. Pero junto a esas melodías inoportunas Hans Zimmer nos sorprende con otros momentos musicales que rayan el ruido. Ásperos, incómodo, extraños y muy eficaces, inesperados en este tipo de producción.

Mediante montaje en paralelo vamos asistiendo como espectadores a pasajes de la vida del protagonista como esclavo intercalado con otros breves de su vida como hombre libre, de los que se olvida hacia la mitad de la película para quedarnos ya solo en su realidad como esclavo. No tenemos muchos datos, no es muy precisa, no se esmera en transmitirnos datos históricos.

Sobre la oportunidad de la película

El mensaje contra la esclavitud de *12 años de esclavitud* parece claro que viene a cubrir un hueco en la historia norteamericana y universal lamentablemente poco tratada en el cine. Y yo me pregunto ¿Qué queda de esa época? ¿Qué conexión hay entre esa época y la actual? ¿Es necesario seguir hablando de esclavitud o la damos por superada? Es otro de los temas tratados en la película, de forma más sutil, la vigencia de la esclavitud. Porque, como recordó Steve McQueen al recoger su Oscar, como productor y no como director, millones de personas siguen siendo esclavas en el año 2014. La definida así y la que no lo es “aparentemente” pero sí en la práctica. Acierta al abordarla en términos económicos. La esclavitud ligada a

los conceptos de propiedad-palabra fundamental en la película-, contrato, hipoteca, préstamo. Los hombres y mujeres negros como mercancía que hay que revisar si está en condiciones, que se heredaban o traspasaban como deudas, como pago, intercambio entre propietarios blancos. Ese era el sistema, no se discutía, era la normalidad de entonces y clave para la economía del Sur. Seres humanos reducidos a un número, el de los kilos de algodón recogidos, cuyas vidas dependen de su productividad. ¿Pues no estamos muy lejos de esto, verdad? no somos esclavos pero sí un número, el de nuestros resultados. Donde tener un sueldo justifica el abuso de la propiedad. O esas otras esclavitudes invisibles, como la de la esposa al marido, en la película y en muchos lugares del mundo. Porque el ser humano es libre según el lugar en el que esté y sus leyes. No lo era en Georgia, como tampoco lo es en medio mundo HOY. Quedamos advertidos.